

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

Año L, número 37 (2.583)

Ciudad del Vaticano

14 de septiembre de 2018

El Papa convoca a los presidentes de los episcopados del mundo
para el próximo mes de febrero



Por la protección de los menores

La semana del Papa

Cruz



Jesús bajó a la tierra para hacernos subir al cielo: este es el misterio de la Cruz

(@pontifex_es, 11 de septiembre, 13:30)

Buenas obras



Dejémonos envolver en una relación de amor con Jesús y seremos capaces de hacer buenas obras que dejen olor a Evangelio

(@pontifex_es, 10 de septiembre, 13:30)

La Virgen



Que la Virgen María nos ayude a abandonarnos con alegría al diseño que Dios tiene para nuestra vida

(@pontifex_es, 8 de septiembre, 13:30)

Educación



¡Sin el derecho a la educación no hay libertad plena, que es la que permite a cada persona ser actor de su propio destino!

(@pontifex_es, 7 de septiembre, 13:30)

La protección de los menores

Francisco, una vez escuchado el Consejo de cardenales, ha convocado una reunión con los presidentes de las conferencias episcopales de todo el mundo sobre el tema de la protección de los menores y de los adultos vulnerables.

La reunión con el Pontífice se llevará a cabo en el Vaticano del 21 al 24 de febrero de 2019. Los cardenales presentes en la vigésimo sexta reunión del Consejo, que se abrió el lunes 10, reflexionaron junto al Papa sobre los temas de abuso. Las actividades de estos días estaban dedicadas a los últimos ajustes del borrador de la nueva constitución apostólica de la Curia Romana, cuyo título provisional es *Praedicate Evangelium*.

El Consejo concluyó la lectura de los textos ya preparados, prestando especial atención al cuidado pastoral del personal que trabaja allí, y entregó al Pontífice el texto provisional que está destinado a una revisión estilística y una relectura canónica.

Los cardenales también pidieron al Papa una reflexión sobre el trabajo, la estructura y la composición del propio Consejo, teniendo también en cuenta la edad de algunos miembros. Además expresaron su satisfacción por el éxito del noveno Encuentro mundial de familias celebrado en Dublín.

El Cardenal Sean Patrick O'Malley después actualizó a los cardenales presentes sobre el trabajo de la Comisión pontificia para la protección de los menores. Una vez más, los cardenales expresaron su plena solidaridad con Francisco por lo sucedido en las últimas semanas.

Viudas consagradas

Las participantes del congreso internacional de las viudas consagradas fueron recibidas por el Papa el pasado 6 de septiembre.

En su discurso, el Pontífice les indicó que con su consagración, atestiguan que es posible, «con la gracia de Dios y el apoyo y acompañamiento de los ministros y otros miembros de la Iglesia, vivir los consejos evangélicos ejerciendo vuestras responsabili-

dades familiares, profesionales y sociales».

Vuestra consagración en la viudez —añadió— es un don que el Señor da a su Iglesia para recordar a todos los bautizados que la fuerza de su amor misericordioso es un camino de vida y santidad, que nos permite pasar las pruebas y renacer en la esperanza y en la alegría del Evangelio.

Asociación de padres

El pacto educativo está en decadencia. Así lo lamentó el Papa Francisco en su discurso con los representantes de la Asociación de Padres Italianos, el 7 de septiembre.

El Pontífice observó que cuando hoy se habla de una alianza educativa entre la escuela y la familia, se hace sobre todo para denunciar su decadencia.

De este modo, el Papa aseguró que la familia ya no aprecia como antes el trabajo de los maestros —a menudo pagados mal— y éstos sienten «como una intromisión molesta» la presencia de los padres en las escuelas. Francisco indicó que para cambiar esta situación, es necesario que alguien dé el primer paso, «superando el miedo al otro y tendiendo la mano con generosidad».

Por eso, invitó a los presentes a cultivar y alimentar siempre la confianza en la escuela y los profesores.

Benedictinas

Un simposio es una ocasión propicia para que las benedictinas de todo el mundo vivan juntas un tiempo de oración y reflexión sobre las diferentes formas en que el espíritu de San Benito, después de mil quinientos años, continúa resonando y obrando hoy.

Así definió el Papa Francisco el encuentro de la Unión Internacional de las Benedictinas, a quienes recibió el 8 de septiembre en la Sala del Consistorio.

Haciendo referencia al tema elegido para el encuentro, «Todos sean recibidos como Cristo», el Pontífice recordó que hoy en el mundo hay muchas personas que tratan de vivir la ternura, la compasión, la misericordia y la aceptación de Cristo en sus vidas.

A una asociación japonesa

El miércoles 12 de septiembre, el Papa recibió a los miembros de la Asociación «Tensho kenoh shisetsu kenshoukai», procedentes de Japón. Ante ellos, el Pontífice anunció su intención de visitar Japón el próximo año. El grupo japonés se encarga de llevar a cabo proyectos de cultura y solidaridad y se fundó en memoria de la primera misión diplomática japonesa en Europa organizada por los padres Jesuitas que estaban en el país asiático en 1585. También les recordó que la Asociación quiere demostrar «que la religión, la cultura y el mundo de los negocios pueden trabajar juntos pacíficamente para crear un mundo más humano con una ecología integral».

La formación de los sacerdotes

Un atención particular al clero y a los seminarios fue recomendada por el Papa a los preladados de reciente nombramiento que participan en un curso promovido por las Congregaciones para los obispos y para las Iglesias orientales. Recibiéndolos en audiencia el jueves 13 de septiembre por la mañana, en la sala del Consistorio, el Pontífice habló con tonos preocupantes del «abismo espiritual que, en no pocos casos, ha permitido debilidades escandalosas» y exhortó a responder a este desafío también a través de la actualización de «procesos de selección, acompañamiento, valoración» de los candidatos al sacerdocio. «Cada uno de nosotros —exhortó— debe entrar humildemente en profundidad en sí mismo y preguntarse qué puede hacer para hacer más santo el rostro de la Iglesia».

Audiencia a los obispos de Estados Unidos

El jueves 13 de septiembre por la mañana el Papa Francisco recibió en audiencia a la cúpula del episcopado estadounidense. En el encuentro —además del presidente y el secretario general de la Conferencia episcopal— tomó parte también el cardenal arzobispo de Boston que preside la Comisión pontificia para la protección de los menores.

Ángelus

En la meditación del Pontífice antes del rezo dominical

El bien «se realiza sin clamores, sin ostentación, sin “hacer sonar la trompeta”. Se realiza en silencio». Lo recordó el Pontífice durante el Angelus del domingo 9 de septiembre, en la plaza San Pedro, comentando el pasaje evangélico de Marcos (7, 31-37) que cuenta la sanación del sordomudo

Hacer el bien sin ostentación

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (cf. *Marcos* 7, 31-37) se refiere al episodio de la sanación milagrosa de un sordomudo, realizada por Jesús. Le llevaron a un sordomudo, pidiéndole que le impusiera la mano. Él, sin embargo, realiza sobre él diferentes gestos: antes de todo lo apartó lejos de la multitud. En esta ocasión, como en otras, Jesús actúa siempre con discreción. No quiere impresionar a la gente. Él no busca popularidad o éxito, sino que desea solamente hacer el bien a las personas. Con esta actitud, Él nos enseña que el bien se realiza sin clamores, sin ostentación, sin «hacer sonar la trompeta». Se realiza en silencio.

Cuando se encontró apartado, Jesús puso los dedos en las orejas del sordomudo y con la saliva le tocó la lengua. Esto recuerda a la Encarnación. El Hijo de Dios es un hombre insertado en la realidad humana: se ha hecho hombre, por tanto puede comprender la condición penosa de otro hombre e interviene con un gesto en el cual está implicada su propia humanidad. Al mismo tiempo, Jesús quiere hacer entender que el milagro sucede por motivo de su unión con el Padre: por esto, levantó la mirada al cielo. Después emitió un suspiro y pronunció la palabra resolutiva: «Effatá», que significa «Ábrete». Y en seguida el hombre fue sanado: se le abrieron las orejas, se soltó la atadura de su lengua. La sanación fue para él una «apertura» a los demás y al mundo.

Este pasaje del Evangelio subraya la exigencia de una doble sanación. Sobre todo la sanación de la enfermedad y del sufrimiento físico, para restituir la salud del cuerpo; incluso esta finalidad no es completamente alcanzable en el horizonte terreno, a pesar de tantos esfuerzos de la ciencia y de la medicina. Pero hay una segunda sanación, quizá más difícil, y es la sanación del miedo. La sanación del miedo que nos empuja a marginar al enfermo, a marginar al que sufre, al discapacitado. Y hay muchos modos de marginar, también con una pseudo piedad o con la eliminación del problema; nos quedamos sordos y mudos delante de los dolores de las personas marcadas por la enfermedad, angustias y dificultades. Demasiadas veces el enfermo y el que sufre se convierten en un problema, mientras que deberían ser ocasión para manifestar la preocupación y la solidaridad de una sociedad en lo relacionado con los más débiles.

Jesús nos ha desvelado el secreto de un milagro que podemos repetir también nosotros, convirtiéndonos en protagonistas del «Effatá», de esa palabra «Ábrete» con la cual Él dio de nuevo la palabra y el oído al sordomudo. Se trata de abrirnos a las necesidades de nuestros hermanos que sufren y necesitan ayuda, escapando del egoísmo y la cerrazón del corazón. Es precisamente el corazón, es decir el núcleo profundo de la persona, lo que Jesús ha venido a «abrir», a liberar, para hacernos capaces de vivir plenamente la relación con Dios y con los demás. Él se hizo hombre para que el hombre, que se ha vuelto interiormente sordo y mudo por el pecado, pueda escuchar la voz de Dios, la voz del Amor que ha-



bla a su corazón, y así aprenda a hablar a su vez el lenguaje del amor, traduciéndolo en gestos de generosidad y de donación de sí.

Que María, Aquella que se ha «abierto» totalmente al amor del Señor, nos conceda experimentar cada día, en la fe, el milagro del «Effatá», para vivir en comunión con Dios y con los hermanos.

Al finalizar la oración mariana, antes de saludar a algunos de los grupos presentes, el Pontífice recordó las iniciativas Marianas promovidas en el santuario de Loreto con ocasión de la fiesta de la Natividad de la Virgen y habló de la religiosa francesa Alfonsa María Eppinger, beatificada el domingo por la tarde en Estrasburgo.

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer, en Loreto, en el Pontificio Santuario de la Santa Casa, se celebró la Fiesta de la Natividad de María e inició la propuesta de espiritualidad para las familias: la Casa de María, Casa de cada familia. Encomendamos a la Virgen Santa las iniciativas del Santuario y a cuantos, de diferentes maneras, formarán parte.

Hoy, en Estrasburgo, se celebra la beatificación de Alfonsa María Eppinger, fundadora de las Hermanas del Santísimo Salvador. Damos gracias a Dios por esta mujer valiente y sabia que, sufriendo, callando y rezando, testimonió el amor de Dios sobre todo a los que estaban enfermos en el cuerpo y en el espíritu. ¡Un aplauso a la nueva beata, todos juntos!

Os saludo con afecto a todos vosotros, romanos y peregrinos procedentes de diferentes países: las familias, los grupos parroquiales, las asociaciones.

Saludo a los fieles de la diócesis de Como, los jóvenes participantes del encuentro promovido por La Obra de la Iglesia, los confirmandos de Prevalle.

A todos os deseo un feliz domingo. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

Hombre de oración, de anuncio y de comunión: este es el obispo según el Papa Francisco, que en la mañana del sábado 8 de septiembre recibió en audiencia en la Sala Clementina a los prelatos participantes en el seminario promovido por la Congregación para la evangelización de los pueblos



El Papa a un encuentro promovido por la Congregación para la evangelización de los pueblos

Hombres de oración de anuncio y de comunión

Queridos hermanos, ¡buenos días!

Estoy contento de encontraros con ocasión de vuestro seminario de formación. Con vosotros saludo a las comunidades que os han sido confiadas: los sacerdotes, los religiosos y las religiosas, los catequistas y los fieles laicos. Estoy agradecido con el cardenal Filoni por las palabras que me ha dirigido y doy las gracias también a monseñor Rugambwa y monseñor Dal Toso.

¿Quién es el obispo? Preguntémosnos sobre nuestra identidad de pastores para tener más conciencia, aun sabiendo que no existe un modelo estándar idéntico en todos los lugares. El ministerio del obispo da escalofríos, por lo grande del misterio que lleva en sí. Gracias a la efusión del Espíritu Santo, el obispo está configurado a Cristo Pastor y Sacerdote. Está llamado a tener las características del Buen Pastor y hacer propio el corazón del sacerdocio, es decir la ofrenda de la vida. Por tanto no vive para sí, sino que se esfuerza por dar la vida a las ovejas, en particular a las más débiles y en peligro. Por esto el obispo siente una auténtica compasión por las multitudes de hermanos que son como ovejas sin pastor (cf. *Marcos* 6, 34) y por quienes de varias maneras son descartados. Os pido tener gestos y palabras de especial consuelo por los que experimentan marginalidad y de grado; más que otros tienen necesidad de percibir la predilección del Señor, de la que sois manos atentas.

¿Quién es el obispo? Quisiera con vosotros esbozar tres rasgos esenciales: es hombre de ora-

ción, hombre de anuncio y hombre de comunión.

Hombre de oración. El obispo es sucesor de los apóstoles y como los apóstoles es llamado por Jesús para estar con Él (cf. *Marcos* 3, 14). Allí encuentra su fuerza y su confianza. Delante del tabernáculo aprende a fiarse y a encomendar al Señor. Así madura en él la conciencia de que también de noche, cuando duerme, o de día, entre cansancio y sudor en el campo que cultiva, la semilla madura (cf. *Marcos* 4, 26-29). La oración no es para el obispo devoción, sino necesidad; no es un compromiso entre tantos, sino un indispensable ministerio de intercesión: él debe llevar cada día delante de Dios a las personas y a las situaciones. Como Moisés, tiende las manos al cielo a favor de su pueblo (cf. *Éxodo* 17, 8-13) y es capaz de insistir con el Señor (cf. *Éxodo* 33, 11-14), de negociar con el Señor, como Abrahán. La parresía de la oración. Una oración sin parresía no es oración. ¡Este es el Pastor que reza! Uno que tiene la valentía de discutir con Dios por su rebaño. Activo en la oración, comparte la pasión y la cruz de su Señor. Nunca apagado, busca constantemente parecerse a Él, en camino para convertirse como Jesús en víctima y altar para la salvación de su pueblo. Y esto no viene del saber muchas cosas, sino del conocer una cosa sola cada día en la oración: «Jesucristo, y éste crucificado» (1 *Corintios* 2, 2). Porque es fácil llevar una cruz en el pecho, pero el Señor nos pide llevar una más pesada sobre los hombros y el corazón: nos pide compartir su cruz. Pedro, cuando explicó a los fieles qué debían ha-

cer los diáconos recientemente creados, añade – y vale también para nosotros, obispos: «La oración y el anuncio de la Palabra». En el primer lugar la oración. A mí me gusta hacer la pregunta a cada obispo: «¿Cuántas horas rezas al día?».

Hombre del anuncio. Sucesor de los apóstoles, el obispo advierte como propio el mandato que Jesús les da: «Id por todo el mundo, y proclamad la Buena Nueva» (*Marcos* 16, 15). «Id»: el Evangelio no se anuncia sentado, sino en camino. El obispo no vive en la oficina, como un administrador de una empresa, sino entre la gente, en los caminos del mundo, como Jesús. Lleva a su Señor donde no es conocido, donde está desfigurado y perseguido. Y saliendo de sí se encuentra a sí mismo. No se complace del confort, no le gusta la vida tranquila y no ahorra energías, no se siente príncipe, trabaja para los otros, abandonándose a la fidelidad de Dios. Si buscarse aferrarse y seguridades mundanas, no sería un verdadero apóstol del Evangelio.

¿Y cuál es el estilo del anuncio? Testimoniar con humildad el amor de Dios, precisamente como ha hecho Jesús, que por amor se ha humillado. El anuncio del Evangelio sufre las tentaciones del poder, de la satisfacción, del retorno de imagen, de la mundanidad. La mundanidad. Cuidado con la mundanidad. Está siempre el riesgo de cuidar más la forma que la sustancia, transformarse en actores más que en testigos, de aguar la Palabra de salvación proponiendo un Evangelio sin Jesús crucificado y resucitado. Pero vosotros estáis llamados a ser



memorias vivas del Señor, para recordar a la Iglesia que anunciar significa dar la vida, sin medias tintas, preparados también a aceptar el sacrificio total de sí.

Y tercero, *hombre de comunión*. El obispo no puede tener todas las capacidades, el conjunto de los carismas —algunos creen tenerlas, ¡pobrecillos!— pero está llamado a tener el carisma del conjunto, es decir a tener unidos, a cementar la comunión. La Iglesia necesita unión, no de solistas fuera del coro o de líderes de batallas personales. El Pastor reúne: obispo para su fieles, es cristiano con sus fieles. No hace noticia en los periódicos, no busca el consenso del mundo, no está interesado en tutelar su buen nombre, sino que ama tejer la comunión implicándose en primera persona y actuando con humildad. No sufre la falta de protagonismo, sino que vive arraigado en su territorio, rechazando la tentación de alejarse frecuentemente de la diócesis —la tentación de los «obispos de aeropuerto»— y huyendo de la búsqueda de glorias propias.

No se cansa de escuchar. No se basa en proyectos hechos en la mesa, sino que se deja interpellar por la voz del Espíritu, que ama hablar a través de la fe de los sencillos. Se convierte en todo uno con su gente y sobre todo con su presbiterio, siempre disponible a recibir y animar a sus sacerdotes. Promueve con el ejemplo, más que con las palabras, una genuina fraternidad sacerdotal, mostrando a los sacerdotes que se es Pastores por el rebaño, no por razones de prestigio o de carrera, que es tan feo. No seas trepadores, por favor, ni ambiciosos: alimentad el rebaño de Dios «no tiranizando a los que os ha tocado cuidar sino siendo modelos de la grey» (1 Pedro 5, 3).

Y después, queridos hermanos, huid del clericalismo, «manera anómala de entender la autoridad en la Iglesia, tan común en muchas comunidades en las que se han dado las conductas de abuso sexual, de poder y de conciencia». El clericalismo — corroe la comunión, en cuanto «genera una escisión en el cuerpo eclesial que beneficia y ayuda a perpetuar muchos de los males que hoy denunciamos. Decir no al abuso —tanto de poder, de conciencia, cualquier abuso— es decir enérgicamente no a cualquier forma de clericalismo» (*Carta al Pueblo de Dios*, 20 agosto 2018). Por tanto no os sintáis señores del rebaño —vosotros no sois patronos del rebaño— incluso si otros lo hicieran o si ciertas costumbres del lugar lo favorecen. El pueblo de Dios, por el cual y al cual estáis ordenados, os sienta padres, no padrones; padres atentos: nadie debe mostrar hacia vosotros actitudes de sumisión. En esta coyuntura histórica parecen acentuarse en varias partes ciertas tendencias de «liderismo». Mostrarse hombres fuertes, que mantengan las distancias y mandan sobre los demás, podría parecer cómodo y fascinante, pero no es evangélico. Provoca daños a menudo irreparables al rebaño, por el cual Cristo ha dado la vida con amor, abajándose y aniquilándose. Sed por tanto hombres pobres de bien y ricos de relación, nunca duros y ásperos, sino afales, pacientes, sencillos y abiertos.

Quisiera también pedirlos tener en el corazón, en particular, algunas realidades:

Las familias. Incluso penalizadas por una cultura que trasmite la lógica de lo provisional y privilegia derechos individuales, permanecen las primeras células de toda sociedad y las primeras Iglesias, por Iglesias domésticas. Promueve recorridos de preparación al matrimonio y de acompañamiento para las familias: serán semillas que darán fruto a su tiempo. Defended

la vida del feto como la del anciano, ayudad a los padres y a los abuelos en su misión.

Los seminaristas. Son los viveros del mañana. Allí sois de casa. Verificad atentamente que son guiados por hombres de Dios, educadores capaces y maduros, que con la ayuda de las mejores ciencias humanas garantice la formación de perfiles humanos sanos, abiertos, auténticos, sinceros. Dad prioridad al discernimiento vocacional para ayudar a los jóvenes a reconocer la voz de Dios entre las muchas que resuenan en los oídos y en el corazón.

Los jóvenes, por tanto, a los que se dedicará el inminente Sínodo. Pongámonos a la escucha, dejémoslos provocar por ellos, acojamos los deseos, las dudas, las críticas y las crisis. Son el futuro de la Iglesia, son el futuro de la sociedad: un mundo mejor depende de ellos. También cuando parecen infectados por el virus del consumismo y del hedonismo, no les pongamos en cuarentena; busquémosles, escuchemos su corazón que suplica vida e implora

libertad. Ofrecémosles el Evangelio con valentía.

Los pobres. Amarles significa luchar contra todas las pobreza, espirituales y materiales. Dedicad tiempo y energías a los últimos, sin miedo de mancharnos las manos. Como apóstoles de la caridad alcanzad las periferias humanas y existenciales de vuestras diócesis.

Finalmente, queridos hermanos, desconfiad, os pido, de la tibieza que lleva a la mediocridad y a la pereza, ese «*démon de midi*». Desconfiad de aquello. Desconfiad de la tranquilidad que esquiva el sacrificio; de la prisa pastoral que lleva al intolerancia; de la abundancia de bienes que desfigura el Evangelio. ¡No os olvidéis de que el diablo entra por el bolsillo! Os deseo una santa inquietud por el Evangelio, la única inquietud que da paz. Os doy las gracias por la escucha y os bendigo, en la alegría de tenernos como los más queridos entre los hermanos. Y os pido, por favor, que no os olvidéis de rezar y hacer rezar por mí. Gracias.



La persona en el centro

En una entrevista a Francisco

La gestión de la economía y de las finanzas, la creación de un nuevo trabajo, el respeto del medio ambiente, la acogida y la integración de los inmigrantes pasan todos por «una ética amiga de la persona». Porque «detrás de cada actividad existe una persona humana» y se equivocan quienes piensan que «el dinero se hace con dinero; el dinero, el auténtico, se hace con el trabajo». Es esta una de las reflexiones centrales de la entrevista que dio el Papa Francisco a Guido Gentile, director del «Sole 24 Ore», «Radio 24» y «RadiocorPlus» y que se publicó en la edición del viernes 7 de septiembre en el periódico económico-financiero.

A propósito de la finanza que está por encima de la economía real, el Papa destacó que «es el trabajo lo que da la dignidad al hombre, no el dinero». El desempleo difundido en diversos países europeos «es la consecuencia de un sistema económico que ya no es capaz de crear trabajo, porque ha puesto

en el centro un ídolo, que se llama dinero». En el centro, en cambio, deben estar «la familia y las personas», para que «se pueda seguir adelante sin perder la esperanza».

En cuanto al papel de los empresarios, el Pontífice pidió «humildad, confianza y responsabilidad» para dar vida a «un nuevo humanismo» del trabajo. «Ayudémonos a desarrollar la solidaridad —fue este su deseo— y a realizar un nuevo orden económico que no genere más descartes, enriqueciendo el actual económico con la atención hacia los pobres y la disminución de las desigualdades». Se necesita, en definitiva, «coraje y una creatividad genial». También ante los «grandes retos» de los inmigrantes, a propósito de lo cual Francisco ha constatado que «los pobres que se mueven dan miedo especialmente a los pueblos que viven en el bienestar». Sin embargo, «no existe futuro pacífico para la humanidad si no es acogiendo la diversidad, la solidaridad,

el pensar en la humanidad como una sola familia». Para ellos, por lo tanto, la Iglesia debe ser «madre». Y es «natural para un cristiano reconocer en cada persona a Jesús. Cristo mismo que pide acoger a nuestros hermanos y hermanas inmigrantes y refugiados con los brazos bien abiertos».

A Europa, que «tiene necesidad de esperanza y de futuro», el Pontífice pidió aún más «genialidad y coraje» en sus «respuestas a las peticiones de ayuda»: respuestas que, «aun siendo generosas, quizás no han sido suficientes, y nos encontramos hoy llorando a miles de muertos. Han sido muchos los silencios». Para superar los miedos, el Papa invitó a saber «integrar» a los inmigrantes, confiando «estas responsabilidades también a la prudencia de los gobiernos, para que encuentren modalidades compartidas para una acogida digna a tantos hermanos y hermanas que piden ayuda».

Historia del conflicto

La guerra civil estalló en Siria a inicios de 2011. En sus orígenes, las fuerzas armadas sirias se enfrentaron con grupos armados rebeldes. A medida que el conflicto fue avanzando y recrudeciéndose, numerosos combatientes rebeldes se unieron al autodenominado Estado Islámico (ISIS) de Irak, que lanzó una violenta ofensiva en la zona siria cercana a la frontera iraquí. También entraron en escena otros grupos armados y yihadistas, y la contienda terminó por internacionalizarse. Los enfrentamientos se intensificaron con el tiempo y la situación en la zona, extremadamente compleja, se agravó tanto a nivel geopolítico, como económico, social y humanitario. Estos siete años de guerra han destruido un país clave para la estabilidad en Oriente próximo como Siria, que ha quedado arrasado y dividido por los combates y bombardeos.

Todo ello ha derivado en una profunda crisis humanitaria que está asolando Siria y otros países limítrofes como Irak. Son numerosos los organismos y entes internacionales que prestan ayuda y soporte a la población civil. Según Naciones Unidas al menos 9 millones de personas necesitan asistencia urgente en Iraq y 13 millones en Siria, de los cuales 5 millones son niños. El pasado marzo, el nuncio apostólico en Siria, el cardenal Mario Zenari dijo que debido a la guerra, en el país se vive «el infierno en la tierra». En estos años de conflicto la Iglesia ha prestado ayuda a todos los que sufren las consecuencias de la violencia, independientemente de la religión que profesen. Y también ha luchado por mantener viva la fe de los cristianos de la zona que han sido perseguidos o se han visto afectados por los enfrentamientos. El Papa Francisco ha hecho numerosos llamamientos por la paz en «la martirizada Siria» y al inicio de su pontificado convocó una gran vigilia de oración por la paz en el país. El 23 de febrero de este año convocó también una jornada de oración y ayuno por la paz y el pasado julio, durante su visita ecuménica por la paz a Bari, al sur de Italia volvió a lamentar y reprobar la situación que vive esta zona de Oriente próximo, cruce de civilizaciones y cuna de las grandes religiones monoteístas, donde están «las raíces de nuestras almas». El proyecto «Hospitales abiertos», que se puso en marcha en 2016, con la colaboración del Pontificio Consejo *Cor Unum* es una de las iniciativas que velan por el sustento de los civiles y tiene como objetivo proporcionar atención sanitaria a todas las personas que lo necesitan. A través de la asociación de varias grandes estructuras hospitalarias del país, atienden a heridos y enfermos cristianos y musulmanes que viven en la pobreza. En las zonas arrasadas por el fuego cruzado los asedios la situación es crítica: la población sobrevive sin agua y electricidad y sin apenas recursos. Otras entidades eclesásticas también asisten a la población damnificada por los combates y les ayudan a salir adelante a través de casas de acogida, escuelas, comedores sociales o centros de formación.



Coloquio con Segundo Tejado Muñoz

Frente al grito de dolor de Siria e Irak

MAURIZIO FONTANA

«A más de siete años del inicio del conflicto en Siria, las necesidades son todavía enormes. Según los datos de las Naciones Unidas, en el país son más de 13 millones las personas que tienen necesidad urgente de ayuda y en Irak son casi 9 millones. Los desplazados internos son más de 8 millones en los dos países, mientras que los refugiados sirios registrados por ACNUR en los países fronterizos son 5,6 millones. Y la mayor parte de estos son niños y familias»: es esta la dramática instantánea de una crisis que no conoce descanso a pesar de que a menudo se desliza en la retaguardia de la información mundial. Quien saca la instantánea es monseñor Segundo Tejado Muñoz, subsecretario del Dicastero para el servicio del desarrollo humano integral, que en esta entrevista con L'Osservatore Romano anticipa los temas de la reunión en la Urbaniana, durante la que se presenta el tercer informe sobre el trabajo de la red eclesial en esos territorios martirizados por la guerra.

¿Cuáles son los objetivos del encuentro?

Se trata de un recorrido iniciado en 2013, sobre todo, queremos volver a poner con fuerza la atención sobre la vida de las personas que han sido golpeadas por el conflicto y por la crisis. El Papa no deja de mencionarlo públicamente cada vez que se presenta la ocasión. No basta la indignación, que también es necesaria, cuando se caldea una batalla o explota una bomba. Sabemos todos que esta crisis embiste desde hace tiempo no solo a Siria e Irak, sino a todos los países limítrofes e incluso más allá. De forma secundaria, en línea con lo que se ha hecho en estos años, queremos hacer que esta cita sea un momento de reflexión y comunión entre las Iglesias locales y todas las instituciones eclesiales implicadas en las obras de caridad y de asistencia, con el fin de orientar el trabajo en los próximos meses. Me interesa subrayar cómo las presencias de los participantes en la reunión aumentan de año en año, señal de un interés creciente.

Precisamente en estos días los ojos de todos están puestos en la región de Idlib.

El Papa Francisco ha temido recientemente el riesgo de una catástrofe en esa zona y ha llamado a todos al respetar el derecho humanitario internacional para salvaguardar la vida de los civiles. Más allá de los advenimientos políticos, la Iglesia mira a la tutela de la dignidad de la persona.

¿En qué consiste el informe que presenta el Dicasterio?

Se trata de una nueva investigación sobre el trabajo humanitario de los entes eclesásticos que trabajan en el contexto de la crisis. Es la tercera de este tipo, fruto, como en el pasado, del trabajo de un servicio llamado «Humanitarian Focal Point» conducido por el Dicasterio en colaboración con Cáritas Internationalis y otras agencias. Se han recogido y organizado datos entre los diversos organismos de caridad que trabajan en el área siria-iraquí, las diócesis y las comunidades religiosas. La investigación está relacionada con siete países de la región e implica a más de ochenta entes eclesásticos.

¿Puede anticipar algún dato?

Quisiera primero subrayar un par de aspectos significativos: sobre todo que el informe constituye un único en su especie, porque cuantifica, de manera precisa y analítica la entidad de los fondos y de los

beneficiarios además de los sectores de intervención en los que la Iglesia está comprometida. Eso ayuda a los mismos organismos comprometidos en el territorio, cada uno de los cuales, de otra manera, tendría una visión limitada al propio ámbito de intervención. En segundo lugar, el de este año es también un balance: se seleccionan las series de investigaciones precedentes y se mira a las tendencias generales y a las perspectivas futuras. Un dato significativo y sin igual es el hecho de que desde 2014 hasta hoy la Iglesia ha ayudado cada año a más de cuatro millones de víctimas, con centros de intervenciones y proyectos por un valor total que supera los mil millones de dólares. Hablamos obviamente de datos todavía provisionales para 2018, además, hay que reafirmar la capilaridad y la multisectorialidad de la intervención de la Iglesia. Me interesa mucho evidenciar que, a pesar de los sufrimientos de estos años —basta pensar en las violencias del llamado estado islámico— las Iglesias en Siria e Irak continúan ayudando a todas las víctimas, cristianas y musulmanes, sin distinción. Es un testimonio luminoso de caridad cristiana.

¿Cómo se afrontará la cuestión de los migrantes?

Sobre el tema este año se pondrá un acento mayor. Al respecto, nos gusta que haya aceptado participar el alto comisario de las Naciones Unidas para los refugiados, Filippo Grandi. En particular afrontaremos también la problemática de cuantos ya han vuelto a Siria o a Irak. El caso de los miles de cristianos y de los pertenecientes a otras minorías, que con la ayuda de la Iglesia están repoblando gradualmente la meseta de Ninive de donde fueron expulsados en 2014, es una de las señales de esperanza recogidas en el informe. La de la vuelta a la patria, en el respeto de los principios humanitarios, es una cuestión importante también para los países vecinos, que continúan prodigando enormes esfuerzos en la acogida de millones de desplazados.

Se registra también un notable compromiso en el frente de la emergencia sanitaria.

Al respecto señala el trabajo de ayuda a los enfermos necesitados que la Iglesia lleva a cabo a través del proyecto «Hospitales abiertos» en tres centros católicos en Damasco y Alepo. Según el informe, educación, sanidad, apoyo psico-social, medios de asistencia duraderos y trabajo para las familias son las prioridades a las que hacer frente y sobre las que discutiremos juntos. La investigación de este año evidencia una evolución importante: desde la fase de pura emergencia estamos pasando, en la mayor parte de los casos a la de *early recovery*, es decir, empezamos a pensar en la reconstrucción, tanto la material como la de los corazones y la de la esperanza.

¿Cómo es la situación de las comunidades cristianas en Siria e Irak?

Seguramente difícil. Pero a quien me hace esta pregunta suelo citar a los patriarcas católicos de la región que, en el documento reciente *Los cristianos de Oriente hoy* escriben: «Muchos hablan de nuestra extinción o de la reducción dramática del número de nuestros fieles. Nosotros continuamos creyendo en Dios, Señor de la historia, que vela por nosotros y por la Iglesia en Oriente. Continuamos creyendo en el Cristo Resucitado y en su victoria sobre el mal. En Oriente siempre quedarán cristianos que proclamarán el Evangelio de Jesucristo, testigos de su resurrección, incluso si permaneceremos solo en un pequeño grupo. Quedaremos «sal, luz y fermento»».

Entrevista con el presidente de la Conferencia episcopal de Venezuela

Compromiso de caridad y misericordia

ROCÍO LANCHO GARCÍA

Como un hermano que habla a sus hermanos y una fuente de aprendizaje. Así percibió el presidente de la Conferencia episcopal venezolana, Monseñor Luis Azuaje Ayala, al Papa Francisco durante el encuentro de la visita *ad limina* que se celebró el 11 de septiembre. En la reunión, los obispos venezolanos también hablaron de la crisis que vive el pueblo venezolano.

¿Cómo han sido estos meses de la preparación para la visita ad limina?

Desde el año pasado conocíamos la fecha, entonces cada obispo con su clero preparó el informe quinquenal que nos da la oportunidad de ir recogiendo todo el trabajo que se ha hecho desde el 2009 hasta el 2017, que es el periodo que comprende esta visita *ad limina*. Hay cosas que han mejorado, cosas que han decrecido. Y así podemos ir sopesando

no solo el ámbito de las estadísticas sino también de la calidad de los servicios que presta la Iglesia. Hemos puesto a toda Venezuela a orar, principalmente por el Papa y para que esta visita tenga un sentido muy especial. Y el sentido especial que nosotros queremos es el de la vivencia de la comunión y la fraternidad entre los obispos y los obispos con el clero y todo el pueblo. En Venezuela ya desde hace años nosotros hemos asumido algunos compromi-

tos. Especialmente el de la caridad y la misericordia debido a la problemática de crisis que vive nuestro pueblo.

Nos ha ayudado el pueblo con jornadas de oración. También hicimos una carta pastoral explicando qué es la visita *ad limina* y sobre todo haciendo ver al pueblo que los obispos tenemos una misión, de cercanía y acompañamiento, a todas las instancias eclesiales que están en una diócesis. Pero también tenemos una misión como colegio episcopal de mantener la unidad, la paz y la tranquilidad en el pueblo venezolano. Todo ello cultiva en lo que nos enseña el Papa de la búsqueda de la cultura del encuentro. Cada presidente de comisión episcopal lleva la relación con los distintos dicasterios. Y hemos vivido estos encuentros con un espíritu de mucho diálogo y deseo de conocer y aprender de las experiencias locales.

Han tenido casi dos horas de reunión con el Papa Francisco, ¿cómo han vivido este encuentro?

Hemos visto al Papa muy sereno, en actitud orante y preocupación también por el pueblo venezolano. El encuentro se abrió con unas palabras que él nos dirigió. Nuestra Conferencia episcopal ha crecido, éramos cerca de 47 obispos, también



El coraje de ver

Concluida la asamblea plenaria de la Pontificia comisión para la tutela de los menores

La Pontificia comisión para la tutela de los menores terminó los trabajos de la novena asamblea plenaria que se llevó a cabo en Roma del 7 al 9 de septiembre. Publicamos el comunicado final.

El Santo Padre ha enfatizado la importancia primordial de escuchar a las víctimas/supervivientes y de tener sus historias de vida como guías de la respuesta de la Iglesia para proteger a los menores del abuso sexual. Los miembros de la Comisión iniciaron su encuentro dos testimonios de personas que han sufrido el abuso sexual por parte del clero: una víctima/superviviente y la madre de dos adultos supervivientes que fueron abusados cuando eran niños. La Comisión les agradece que hayan compartido sus historias con nosotros, el coraje de su testimonio y su contribución al proceso de aprendizaje.

Los miembros reflexionaron también sobre los recientes acontecimientos en la Iglesia a nivel mundial que han afectado negativamente a muchas personas, incluidas víctimas/supervivientes, familias y comunidad de creyentes. Las cuestiones que han surgido en los meses recientes no solo centran la atención pública en la gravedad de los abusos, sino que son una oportunidad para llamar a la gente a la misión de la prevención, de forma que el futuro sea diferente a nuestra historia. El punto de partida de la Comisión no es investigar abusos; nuestro punto de partida es la prevención de los abusos.

Trabajando con Supervivientes

Durante la Asamblea Plenaria, el grupo de expertos dedicados a *Trabajando con Supervivientes* anunciaron la puesta en marcha de una serie de proyectos piloto, el primero de los cuales será en Brasil. Continuando con el trabajo de los miem-

bro fundadores, estos proyectos son un mecanismo para crear ambientes seguros y procesos transparentes a través de los cuales las personas que han sido abusadas puedan dar un paso adelante. Gracias a estos *survivor advisory panels* se espera que las autoridades de la Iglesia local también se beneficien del input directo de las víctimas/supervivientes sobre cómo mejorar las políticas de protección de menores y prevención de abusos.

Responsabilidad Local

Desde el encuentro del pasado mes de abril, los miembros de la Comisión han participado en más de 100 workshops sobre protección de menores.

El grupo que supervisa *Educación y Formación* ha expuesto una serie de futuras iniciativas en seminarios de formación y conferencias que son una parte esencial para promover la concienciación y la responsabilidad de las políticas de protección a nivel local.

En abril de 2019, la Comisión patrocinará una Conferencia sobre *Protección para los Responsables de la Iglesia en Europa Central y Europa del Este*. También en abril de 2019, junto con la Conferencia Episcopal Brasileña, la Comisión ofrecerá una semana de formación en protección destinada a obispos y formadores en Aparecida, Brasil. En noviembre de 2019, los miembros han sido invitados a intervenir en un encuentro del CELAM en México.

En 2020, la Comisión co-patrocinará un Congreso sobre Protección de Menores destinado a los que trabajan en el ámbito eclesial y la sociedad civil de las Américas, en Bogotá, Colombia.

El grupo de trabajo Líneas Básicas y Normas de Protección compartió sus progresos el desarrollo de instrumentos de auditoría para ofrecer a las Conferencias Episcopales locales y contribuir así a

la supervisión de sus políticas y mecanismos de protección.

Trabajando con la Santa Sede

La colaboración con las entidades de la Santa Sede y la Curia Romana es también una parte integral del mandato de la Comisión en su ayuda al Santo Padre. Durante la Plenaria, algunos miembros tuvieron la oportunidad de hablar en los dos cursos para obispos ordenados en el último año: uno organizado por la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y otro organizado por la Congregación para los Obispos.

La presentación de la Comisión contó con numerosos participantes y fue bien acogida. Los miembros agradecen a los Prefectos de estas Congregaciones, el Cardenal Filoni y el Cardinal Ouellet, y a sus colaboradores estos encuentros y la sólida atención que prestan a este aspecto fundamental en la misión de proteger a los menores.

Durante las próximas semanas la Comisión también mantendrá encuentros con la Congregación para la Doctrina de la Fe y con la Conferencia Episcopal Italiana para continuar fortaleciendo la colaboración en la protección de los menores.

El 30º aniversario de la Convención sobre los Derechos del Niño

El 20 de noviembre de 2019 se celebrará el 30º aniversario de la Convención sobre los Derechos del Niño, el cual ha sido ratificado por 196 estados parte, incluida la Santa Sede. La Comisión trabajará activamente con varias entidades para dar forma a esta oportunidad de crear conciencia sobre la protección de los niños.

Inmigrantes venezolanos en el aeropuerto de Lima a la espera de regresar en su país. (EPA/Ernesto Arias)



presentes varios eméritos. El Papa nos hizo ver la importancia del diálogo y que expresáramos lo que quisiéramos, sin ningún tipo de miedo, e incluso, nos dijo de forma jocosamente, «hasta criticar al Papa». Es una actitud muy abierta, de hombres que son libres de espíritu y que permiten crear un ambiente de mucha familiaridad. Personalmente me sentí como si estuviera con mi presbítero, algo bien bonito. Nos permitió abrir el corazón y decirle las cosas que nosotros pensamos.

Él insiste mucho en focalizar lo que vamos a decir en función de la realidad que vive el pueblo. Nos hizo un comentario muy bonito que fue: «Siento que en todo lo que ustedes escriben y dicen la palabra pueblo siempre está presente».

Hay que recordar que él viene de una tradición de aquello que se llama la teología del pueblo, que nació allí mismo en Argentina, que va muy ligado al ámbito cultural. Y por ende, nosotros desde hace mucho tiempo hemos tratado de cultivar esto como un sentido fundamental. En el marco, como pueblo de Dios, pero también sociológico, como pueblo que se va gestando en la interacción entre sus miembros en el respeto mutuo y la defensa de la dignidad humana.

Sentimos al Papa muy cercano y amable, con una actitud abierta y de hermano que le habla a sus hermanos. Y esta connotación todos la percibimos. Es más, surgen algunas cuestiones de anécdotas que hacen que nos sintamos más en un ambiente de amistad, que provoca análisis más certeros porque en amistad y cariño se dicen las verdades.

Vimos a un hombre de mucha espiritualidad que todo lo enmarca desde una reflexión profunda y consideramos que ese es un valor de aprendizaje para nosotros. Más aún cuando, una gran parte de nosotros, casi veinte obispos, son nuevos de reciente nombramiento.

El Papa Francisco habla mucho de ser pastores con olor a oveja. ¿Cómo experimenta el episcopado venezolano esta cualidad en la situación de sufrimiento del pueblo de Venezuela?

Yo diría que en dos circunstancias. En primer lugar, entre nosotros como obispos. Desde siempre hemos mantenido la unidad y la comunión. Nunca ha habido una ruptura entre los obispos. Podemos tener una diferencia de pensamiento, de formación, etc. Pero en casi todo nosotros hacemos coincidir los cri-

terios, que no es unificar las cosas, sino generar y promover comunión. Y esto lo hacemos porque es uno de los antidotos que vemos nosotros ante tanta disgregación e incluso individualismo y ruptura que se están viendo en la sociedad como también en el ámbito de lo político. Así como obispos nosotros estamos muy unidos, con una fraternidad muy grande en la ayuda mutua que tratamos de hacer. Siguiendo los grandes ejemplos que nos han dado los distintos Papas, que nos piden vivir en comunión.

Y aquí estamos todos los obispos. Solo cuatro no pudieron venir. Tres por razones de salud y uno porque el día que iba a viajar entraron en su casa, lo amordazaron y lo robaron. Estaba con su familia y prefirió quedarse para resguardar la seguridad en su casa.

¿Y en segundo lugar?

Pues tal y como nos ha señalado el Papa «mantener la cercanía entre ustedes y con el pueblo». Mantener la cercanía significa dejar los criterios propios para mirar los criterios que están en el pueblo. Cercanía significa también que nuestras diócesis y nuestras Iglesias particulares puedan generar programas y proyectos que ayuden a buscar la concordia y la unidad del pueblo. Cercanía significa también hacer todos los esfuerzos posibles para acercarnos a aquellas personas que tienen a lo mejor diferencia en lo político, lo económico, lo social o lo religioso. ¿Por qué? Porque nos une lo humano, y a nosotros los cristianos nuestra fe.

Y hacia allá queremos adentrarnos con más fortaleza, y más aún cuando el Papa nos insistió en esto de mantener la cercanía con el pueblo y entre nosotros.

Después de vivir esta experiencia de comunión en Roma, ¿con qué espíritu vuelven a sus diócesis? ¿qué mensaje quieren transmitir al pueblo?

Volvemos con parresia: la fuerza que viene del Espíritu Santo. No es solamente la fuerza física que podamos tener, o el ánimo sentimental, sino la fuerza que viene de Dios. Y la llevamos para seguir cultivando en nuestras Iglesias particulares la esperanza. Y sobre todo el ayudar al Papa en esta renovación de la Iglesia. Hacer de nuestra Iglesia una Iglesia en salida, una Iglesia misionera, una Iglesia misericordiosa.

Desde nuestro concilio plenario de Venezuela, que lo celebramos desde el 2000 al 2006; como también como la Asamblea Nacional de pastoral en 2015 que animó y completó el concilio plenario, hemos hecho cuatro propuestas que estamos trabajando.

En primer lugar mantener y fortalecer la comunión de la Iglesia hacia lo que el Papa llama la cultura del encuentro. En segundo lugar, anunciar el Evangelio y hacer pasar estructuras caducas a estructuras misioneras que fortalezcan la misión de la Iglesia. En tercer lugar el sentido del servicio de la caridad, especialmente en un pueblo que ha sido empobrecido brutalmente y que hoy día se encuentra sobreviviendo. De ahí, la necesidad de la caridad organizada y caridad con los pobres, desde la opción preferencial por los pobres, que la hemos hecho todos los obispos de América Latina para que la Iglesia sea pobre en medio de los pobres. Y sobre todo preste su servicio a los más vulnerables.

Finalmente la formación, entrar al ámbito fundamental de conocer la vida de Cristo Jesús en la Escritura, pero también desde la doctrina social de la Iglesia poder ir aprendiendo a valorar la riqueza de la tradición y la propuesta que hace la Iglesia para el mundo.

Nosotros llevamos esta fuerza para seguir desempeñando esta misión fundamental. Al Papa le hemos dicho que estamos con él, que puede contar con nosotros, y que el en el trabajo que él está haciendo de renovación en la Iglesia, como también de purificación de muchas cosas que han manchado a la Iglesia, no está solo.

Nosotros desde nuestra Venezuela, empobrecida y débil en este momento, podemos sacar fuerzas inmensas de creatividad pastoral bajo las indicaciones que él nos ha dado tanto en sus encíclicas como también las exhortaciones pastorales.

Considero que es una ganancia el haber venido y haber tenido esta experiencia con el Santo Padre hoy día, pero también con los distintos dicasterios. Nos llevamos muchas propuestas y dejamos aquí tantas inquietudes. Agradecemos a todos el tratamiento de hermanos y fraternidad que han tenido con nosotros, y su deseo de aprender también de nuestras prácticas pastorales como se hace en América Latina: ver, juzgar y actuar.

La homilía del Pontífice

Misa en Santa Marta



Y Simón se convirtió en Pedro

«**E**l primer paso de la conversión y el primer paso de la penitencia» es la actitud «de acusarse a sí mismo», nunca «a los otros», hablando mal de los otros: «no basta reconocerse pecadores», recurriendo a un poco de «cosmética» espiritual o a confesiones «bla bla bla», como un loro, sino que se debe sentir en concreto «el sentimiento de la vergüenza» y «el estupor de sentirse salvados». Lo subrayó el Papa Francisco en la misa celebrada el jueves por la mañana, 6 de septiembre, en Santa Marta, refiriéndose a la experiencia del apóstol Pedro. Comentando el pasaje evangélico de Lucas (5, 11) propuesto por la liturgia, el Pontífice explicó cómo «este echar las redes y hacer una pesca milagrosa» narrado en el pasaje de hoy «nos hace recordar la otra, en Tiberiades, al final, después de la resurrección». Sin duda «son dos momentos fuertes donde Pedro echa las redes y hace esta pesca milagrosa». El Papa recordó cómo «en este caso» el apóstol ya seguía a «Jesús desde hace tiempo: admiraba al Maestro, estaba terminando el trabajo, lavando las redes». Mientras que «en el otro caso, al final, estaba pescando».

En esta primera circunstancia —hizo presente Francisco— «Jesús le dice: “Pero por favor, déjame ir en tu barca un poco alejándome de la orilla para poder predicar tranquilo a la multitud. En el otro caso, al final, desde la orilla, les grita: “¿Tenéis algo para comer?” Y ellos enfadados porque no habían pescado nada: “No”, dicen, y cortan el diálogo». Aún así en ambos momentos —observó el Papa— «al principio de la vida apostólica de Pedro y al final, hay una unción de Pedro. En este caso, en este momento le dice: “Tú serás pescador”. Al final le dice: “Ve y apacienta mis ovejas”. Lo hace pastor».

Después de haber reiterado que «Pedro desde hace tiempo seguía a Jesús» el Pontífice hizo notar también que «lo había llevado donde Jesús a su hermano Andrés. Jesús lo vio y enseguida le cambió el nombre: “Tú te llamarás Pedro”, se llamaba Simón. Pedro no entendió. Pero, sí sabía, como buen israelita que era, que un cambio de nombre tenía un significado, un significado de misión». Así «en ese momento seguía a Jesús. Trabajaba, seguía a Jesús, cuidaba la familia, hacía un poco de todo. Y ahora «con esta pesca milagrosa se da un paso más en la vida de Pedro. Y la vida de Pedro es siempre paso a paso, un paso más».

El apóstol, explicó Francisco, «presume de seguir a Jesús: “Es el profeta, yo voy detrás de Él, soy uno de los seguidores del profeta”, y se sentía orgulloso porque realmente amaba a Jesús». Pero «después de este milagro, Pedro escuchó algo; tenía fuerte admiración y cuando el Señor le dice que se vaya», él responde: «Señor, hemos trabajado toda la noche y no hemos cogido nada, pero por tu palabra echaré las redes». En resumen «se fiaba de Jesús». Y «después cuando vio ese milagro tan grande que se rompían las redes de tantos peces, sintió algo dentro».

También «en la pesca final —afirmó el Papa— en el milagro final, dice el Evangelio que se tiró al agua para ir enseguida hacia Jesús. Él esperó. Pidió ayuda para llevar los

peces y cuando se acercó a Jesús se arrojó a sus rodillas diciendo: “Señor, aléjate de mí porque soy un pecador”».

Por tanto precisamente «este es el primer paso decisivo de Pedro en el camino del discipulado, de discípulo de Jesús, acusarse a sí mismo: “Soy un pecador”. El primer paso de Pedro es este y también —añadió el Papa actualizando la reflexión— el primer paso de cada uno de nosotros, si se quiere ir en la vida espiritual, en la vida de Jesús, servir a Jesús, seguir a Jesús, debe ser esto, acusarse a sí mismo: sin acusarse a sí mismo no se puede caminar en el vida cristiana». Se podría objetar, sugirió Francisco: «Pero, padre, sí, yo siempre lo hago, al principio de la misa, rezo, confieso — ¿Pero tú escuchas lo que... le escuchas a Él?». Y también el Evangelio dice que «el estupor había invadido» a Pedro delante de esa pesca milagrosa. Como consecuencia, al Papa le surgió una pregunta: «Tú, cuando acusas, cuando te acusas a ti mismo, ¿lo haces en este aire de estupor? O, sí, soy pecador, vamos adelante...».

De hecho, prosiguió, «nosotros estamos muy acostumbrados a decir: “Soy un pecador”. Es verdad, si yo ahora dijera: “¿Quién de vosotros no es pecador?”, seguro que ninguno levantaría la mano. Porque todos sabemos que somos pecadores. Pero confesar, acusarse a sí mismo de pecado, de ser pecador concreto, en el estupor, esto no es fácil». Tanto que «nosotros decimos: “Sí, yo soy pecador”, como decimos: “Yo soy humano”, “Yo soy ciudadano italiano”, “Yo soy esto”».

Sin embargo, aclaró el Pontífice, «hay otra cosa: acusarse a sí mismo es el sentimiento de mi miseria, de sentirse miserable, mísero, delante de Señor. El sentimiento de la vergüenza». Y, de hecho, «acusarse a sí mismo» no se puede hacer de palabra, es necesario sentirlo en el corazón: «es siempre una experiencia concreta».

Por otro lado «cuando Pedro dice: “Aléjate porque soy un pecador” —dijo el Papa— tenía en el corazón todos sus pecados y él lo veía, se sentía pecador realmente. Y después se sintió salvado. La salvación que nos lleva a Jesús necesita esta confesión de pecadores». Pero «esta confesión que nace del corazón, que es sincera, porque la salvación que nos lleva a Jesús es sincera», llega del corazón. De hecho, «la salvación de Jesús no es algo cosmético, que te cambia un poco, con dos pinceladas te cambian la cara. Es una cosa que entra dentro y transforma». Sin embargo para «hacerla entrar» hay que dejarle «sitio con la confesión de los pecados, confesión sincera delante de Él: “Aléjate Señor porque soy un pecador”». Porque de otra manera no se puede experimentar «el estupor de Pedro».

«Nosotros estamos muy acostumbrados a decimos: “Somos pecadores y, sí, somos así”, reiteró Francisco. «Es verdad, pero no basta. Lo que cuenta es que cada uno de nosotros delante del Señor viva la vergüenza y después el estupor de sentirse salvado. Debemos convertirnos. Debemos hacer penitencia». Y el primer pasaje de la conversión, de la penitencia es esta actitud de acusarse a sí mismo».

Con tal propósito, desoído el Papa, «nos hará bien pensar: “¿Yo me acuso a mí mismo o acuso a los demás?”. Hay gente que vive hablando mal de los otros, acusando a los otros y nunca piensa en sí mismo, y cuando voy a confesarme, ¿cómo me confieso, como los loros? “Bla, bla, bla, he hecho esto, esto”». Pero «¿el corazón te toca lo que has hecho? Muchas veces, no. Tú vas ahí a hacer la cosmética, a maquillarte un poco para salir guapo. Pero no ha entrado en tu corazón completamente, porque tú no has dejado sitio, porque no has sido capaz de acusarte a ti mismo».

«El primer paso es este, es una gracia, nadie con las propias fuerzas puede hacerlo» advirtió el Pontífice. Y por eso es necesario «pedir esta gracia: “Señor, que aprenda a acusarme a mí mismo, que aprenda a dar este primer paso”». Y «una señal de que una persona, de que un cristiano no sabe acusarse a sí mismo es cuando está acostumbrado a acusar a los otros, a hablar mal de los otros, a meter la nariz en el la vida de los demás. Y esto es una señal fea. ¿Yo hago esto? Es una bonita pregunta para llegar al corazón».

De aquí la exhortación final de Francisco a pedir «hoy al Señor la gracia de encontramos delante de Él con este estupor que da su presencia y la gracia de sentirnos pecadores, pero concretos y decir como Pedro: “Aléjate de mí porque soy un pecador”. Y así la vida de Pedro ha ido adelante, hasta esta otra pesca final, cuando Jesús lo hace pastor del rebaño». Sí, «pidamos hoy los unos para los otros esta gracia: “Señor, que aprendamos a acusarnos a nosotros mismos”, pero no a los demás, al otro. Cada uno que se acuse a sí mismo».

Dejarse ver por “los ciegos de Jesús”

MARCELO FIGUEROA

La sanación en dos etapas del ciego en Betsaida por parte de Jesús es narrada únicamente por San Marcos entre los versículos veintidós y veintiséis del capítulo octavo de su Evangelio. Es una sanación inédita en el ministerio público de Cristo dada la aparente necesidad del Señor de «duplicar la acción milagrosa» en favor de un hombre ciego para que recupere totalmente la vista. Pero si miramos cuidadosamente el texto y su contexto, ese aparente fracaso parcial en la primera sanación, nos deja una enorme enseñanza todavía hoy como lo debe haber sido para los discípulos ese día. Para ello será necesario dejarse ver por los “ciegos de Jesús” que a veces perciben con más claridad nuestras vidas y ministerios que algunos “visionarios” cegados por la venda de sus oscuros intereses religiosos y/o políticos y que son contrastados claramente en el relato bíblico completo.

Los discípulos más cercanos a Jesucristo están regresando a Betsaida en su barca después de la alimentación de los cuatro mil. Lejos de reflexionar sobre el significado caritativo y didáctico de lo que acaban de presenciar, se los ve preocupados porque en el apuro solo habían llevado consigo un pan para comer a bordo. ¡Habían sido testigos privilegiados hacía escasos minutos de la provisión en las manos benditas del Maestro de miles de personas con escasos siete panes propios y volvían a estar angustiados por un pedazo de pan para un corto viaje! Jesús les reprocha esa contradicción, haciendo alusión a las dos multiplicaciones de panes presenciadas, ésta con siete y una anterior con cinco panes. Y lo hace expresándoles entre otras conceptos que todavía no ven, que «tienen ojos pero no ven (v. 18)». Necesitaban una visión superadora externa de los problemas circunstanciales ya que desde sus miradas cortoplacistas y materialistas no podían ver un atisbo de luz esperanzadora en la plena aurora mesiánica. Para esa tarea visionaria los estaba esperando del otro lado de la orilla el «ciego de Jesús».

Cristo lanza una dura advertencia continuando en clave gastronómica utilizando como ejemplo a la levadura. Su función en la elaboración del pan es principalmente hacerla crecer, pero en dosis inadecuadas produce la corrupción de la masa alimenticia. El Señor advierte sobre esa corrupción por parte de los referentes sociales religiosos y políticos de su época: «¡Ojo con la levadura de los fariseos y de Herodes!» (v. 15). En otros pasajes, Jesús se encarga de aclarar que la levadura de gran parte de aquellos fariseos era la hipocresía (*Lucas 12, 1*), germen permanente de los fundamentalismos religiosos de todas las épocas. La coherencia de vida y misión de Jesús les resultaba a ellos insoportable para su doble moral religiosa marcada por un juicio condenatorio severísimo hacia afuera y una autoindulgencia licuada hacia sus propias vidas. Jesús también los llamó «ciegos que guían a ciegos» (*Mateo 15, 14*). Para que los discípulos puedan ver este peligro, van a necesitar también la mirada honesta y diáfana del “ciego de Jesús”.

Herodes por su parte, era el representante del poder político-monárquico del Imperio. Manejaba la maquinaria de su reino desde la oscuridad de sus ambiciones y su vida licenciosa. Controlaba los medios de comunicación con sus proclamares callejeros, sostenía la obscenidad de su opulencia en su castillo, pero sentía terror ante cualquiera que se atreviese a disputar o ensombrecer su reinado y su falsa popularidad. Mantenía, eso sí, una fluida relación colaborativa con el Sanedrín compuesto por fariseos y saduceos, con los cuales se aseguraba una coalición político-religiosa ante aquellas amenazas. El rabino venido del lejano Nazaret había comenzado a ser esa amenaza para Herodes quien recibía *fake news* por parte de los fariseos hipócritas que se ocupaban de difamar y mentir sobre la vida e intenciones de Jesucristo. Todos le temían a Herodes, aún los seguidores de Jesús. Por eso, la luminosidad del «ciego de Jesús» debía atravesar esas oscuridades de temor y corrupción para llegar a ser un espejo donde los discípulos puedan verse claramente y confiar en la Verdad del Hijo del hombre.



Bartolomé Esteban Murillo, «Jesús curando a un paralítico en el estanque de Betsaida» (1667-70)

Recién arribados a las costas de Betania, acercaron a Jesús a un hombre ciego para que con un toque de su mano fuera sanado. Desde ese momento, el Señor prepara el escenario para que la recuperación de la visión de este pobre hombre sea también una enseñanza especial para los discípulos. Para ello, Jesús lleva de su propia mano al enfermo fuera del pueblo haciéndose acompañar especialmente por sus compañeros de bote. Después de escupirle los ojos y poner sus manos sobre el ciego, éste da su primer diagnóstico oftalmológico a pedido de Jesús: «Veo gente; parecen árboles que caminan». ¿Quién es esa gente a los que ve de esa manera? Los discípulos. A los ojos del semiciego no aparentan ser completamente humanos porque tienen apariencia vegetal y tampoco son íntegramente árboles porque no permanecen unidos a la tierra. Son para el ciego una deslucida imagen de quienes no se ven como discípulos del Cristo porque, o vegetan como personas o no dan fruto como árboles. Esa primera mirada del “ciego de Jesús” es el espejo en que deben verse, es la visión de los sencillos de corazón del mundo que observan a los seguidores del Maestro y es la verdadera razón por la que esta primera etapa de sanación tiene lugar. Los discípulos tienen una visión equivocada de sí mismos, necesitan mirarse a la luz de los ojos del ciego de Jesús, reconocerse y retomar la óptica del Reino de Dios.

Los discípulos del Señor de la escena bíblica necesitaban comprender que los ojos del Señor están presentes en las pupilas de los hombres sencillos y de los pueblos humildes. Que deben dejar mirarse por ellos y de esa manera encontrar la verdadera imagen de sí mismos. Los tiempos de persecución, difamación, mentiras y corrupción política-religiosa por causa de seguir los pasos del Maestro iban a venir como una marca indeleble del verdadero discípulo. La mirada del pueblo sencillo y expectante a los movimientos de Jesús los debía encontrar como hombres decididos a enfrentar con mansedumbre activa y con frutos del Espíritu los embates de la hipocresía, los fundamentalismos y las alianzas circunstanciales de los poderes corruptos. Debían abandonar por siempre la mirada miope cortoplacista ante los problemas circunstanciales para ver su misión con gotas de colirio de eternidad, de confianza y de memoria del mover del Maestro de Galilea. Si entendían esto, al igual que la segunda etapa de sanación le devolvió la vista plena al cielo, ellos podrán tener por siempre la riqueza de la luminosidad del Evangelio de Verdad en sus retinas.

En la audiencia general el Papa continúa las reflexiones sobre los mandamientos

Libres de la esclavitud interior



El tercer mandamiento «invita a celebrar en el descanso la liberación» de la «esclavitud interior del pecado para hacer al hombre capaz de amar». Lo subrayó el Papa en la audiencia general del miércoles 12 de septiembre en la plaza San Pedro, continuando con el ciclo de catequisis dedicadas al Decálogo.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En la catequisis de hoy volvemos de nuevo sobre el tercer mandamiento, el del día de descanso. El Decálogo, promulgado en el libro del Éxodo se repite en el libro del Deuteronomio de modo casi idéntico, a excepción de esta Tercera Palabra, donde aparece una preciosa diferencia: mientras que en el Éxodo el motivo del descanso es la bendición de la creación, en el Deuteronomio, en cambio, ese conmemora el final de la esclavitud. En este día el esclavo debe descansar como el patrón, para celebrar la memoria de la Pascua de liberación.

Los esclavos, de hecho, por definición no pueden descansar. Pero existen tantos tipos de esclavitud, tanto exterior como interior. Están las constricciones externas como las opresiones, las vidas secuestradas por la violencia y por otros tipos de injusticia. Existen después las prisiones interiores, que son, por ejemplo, los bloqueos psicológicos, los complejos, los límites del carácter y otros. ¿Existe descanso en estas condiciones? ¿Un hombre recluso u oprimido puede permanecer de todos modos libre? ¿Y una persona atormentada por dificultades interiores puede ser libre? Efectivamente, hay personas que, aunque en la cárcel, viven en una gran libertad de ánimo. Pensemos, por ejemplo en San Maximiliano Kolbe, o en el cardenal Van Thuan, que transformaron las oscuras opresiones en lugares



de luz. Como también hay personas marcadas por grandes fragilidades interiores que conocen el reposo de la misericordia y lo saben transmitir. La misericordia de Dios nos libera. Y cuando tú te encuentras con la misericordia de Dios, tienes una libertad interior grande y eres también capaz de transmitirla. Por eso es muy importante abrirse a la misericordia de Dios para no ser esclavos de nosotros mismos.

¿Qué es, por lo tanto, la verdadera libertad? ¿Consiste tal vez en la libertad de elección? Ciertamente esta es una parte de la libertad y nos comprometemos para que se asegure a cada hombre y mujer (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Cost. past. *Gaudium et spes*, 73). Pero sabemos bien que poder hacer aquello que se desea no basta para ser verdaderamente libres y ni siquiera felices. La verdadera libertad es mucho más. De hecho,

hay una esclavitud que encadena más que una prisión, más que una crisis de pánico, más que una imposición de cualquier género: es la esclavitud del propio ego. Esa gente que todo el día se refleja para ver el ego. Y el propio ego tiene una estatura más alta que el propio cuerpo. Son esclavos del ego. El ego se puede convertir en un verdugo que tortura al hombre donde esté y le procura la más profunda opresión, la que se llama «pecado», que no banal violación de un código, sino un fracaso de la existencia y condición de esclavos (cf. *Juan* 8, 34). El pecado es, al final, decir y hacer ego. «Yo quiero hacer esto y no me importa si hay un límite, si hay un mandamiento, ni siquiera me importa si hay amor».

El ego, por ejemplo, pensemos en las pasiones humanas: el goloso, el lujurioso, el avaro, el iracundo, el

envidioso, el perezoso, el soberbio —y etcétera— son esclavos de sus vicios, que los tiranizan y los atormentan. No hay tregua para el goloso, porque la gula es la hipocresía del estómago, que está lleno y nos hace creer que está vacío. El estómago hipócrita nos hace golosos. Somos esclavos de un estómago hipócrita. No hay tregua para el goloso y el lujurioso que debe vivir de placer; el ansia de posesión destruye al avaro, siempre acumulando dinero, haciendo daño a los demás; el fuego de la ira y la carcoma de la envidia arruinan las relaciones. Los escritores dicen que la envidia hace que el cuerpo y el alma se pongan amarillos, como cuando una persona tiene hepatitis: se pone amarilla. Los envidiosos tienen el alma amarilla, porque nunca pueden tener la frescura de la salud del alma. La envidia destruye. La pereza que esquiva toda fatiga nos hace incapaces de vivir; el egocentrismo —ese ego del que hablaba— soberbio excava un foso entre sí y los demás.

Queridos hermanos y hermanas, ¿quién es, por lo tanto, el verdadero esclavo? ¿Quién es aquel que no conoce el descanso? ¡Quién no es capaz de amar! Y todos estos vicios, estos pecados, este egoísmo nos alejan del amor y nos hacen incapaces de amar. Somos esclavos de nosotros mismos y no podemos amar, porque el amor es siempre hacia los demás.

El tercer mandamiento, que invita a celebrar en el descanso la liberación, para nosotros cristianos es profecía del Señor Jesús, que parte la esclavitud interior del pecado para hacer al hombre capaz de amar. El amor verdadero es la verdadera libertad: aparta de la posesión, reconstruye las relaciones, sabe acoger y valorar al prójimo, transforma en don alegre cada fatiga y hace capaces de comunión. El amor hace libres incluso en la cárcel, incluso si se está débiles y limitados.

Esta es la libertad que recibimos de nuestro Redentor, el Señor nuestro Jesucristo.

«La Virgen defiende la fe y la Iglesia en los peligros». Lo dijo el Papa Francisco en los saludos a los grupos de fieles presentes en la audiencia recordando la memoria litúrgica del Santísimo nombre de María.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española provenientes de España y América Latina, y en particular al grupo de sacerdotes venezolanos, acompañados por el Cardenal Baltazar Porras. Y aprovecho para agradecer a quienes, en Venezuela, sean sacerdotes, religiosos o laicos, se dedican al trabajo de la educación, a los educadores venezolanos. Hoy celebramos la fiesta del Santísimo Nombre de María. Pidámosle a nuestra Madre del Cielo que nos ayude a vivir el descanso dominical como un tiempo privilegiado de encuentro con el Señor y con los demás, dejando que el amor de Jesús nos libere de todas nuestras esclavitudes. Que el Señor nos bendiga a todos. Muchas gracias.